

que *civilizaciones antiguas*? Encontró Bárbaros á quienes el buddhismo y el cristianismo no habían logrado convertir, y que llegaron á ser el elemento más eficaz del mahometismo. Algunas tribus de Turcos adoptaron el buddhismo; pero la masa de la nación le rechazó, porque á hombres materiales, activos, ávidos de goces y de poder, les convenia muy poco la fe metafísica, la contemplación, el *nirvana* (1). El cristianismo tampoco les acomodó; algunas letras para completar su alfabeto es todo lo más que consintieron recibir de los monjes nestorianos. Necesitaban una religión de este mundo, una religión de conquista y de goces inmediatos, y del sable como instrumento de predicación. El Corán impuso sus máximas con una facilidad y una prontitud maravillosa á aquellas hordas salvajes; el islam comenzó por seducir sus apetitos materiales, y acabó por civilizarlos (2) (a).

Las victorias del islam en el Oriente inspiran, sin embargo, un sentimiento involuntario. Hemos asistido á las elocuentes predicaciones de San Crisóstomo; hemos admirado los prodigios de caridad de San Basilio; hemos seguido á San Agustín en sus profundas discusiones acerca de la naturaleza del hombre y de sus relaciones con Dios, y allí, donde habían brillado la filosofía, la elocuencia y la caridad cristianas, apenas encontramos un recuerdo de Jesucristo; algunas sectas oscuras separadas del cuerpo de la Iglesia: hé ahí la que queda del cristianismo oriental. Se pueden explicar las conquistas del islam sobre el Evangelio; pero la esperanza de recobrarlas ha sido siempre fallida. La pérdida parece irreparable; ¿hay que deplorarla en interés de la humanidad? El cristianismo pe-

(1) Los bonzos, decían los Turcos, no predicán más que la paciencia, la humildad y la abnegación del mundo, y esa no es la religión de los héroes (GIBBON, c. 42).

(2) *Nueva Enciclopedia*, en la palabra *Turcos*, t. VIII, p. 565.
(a) Lo de moralizarle nos ha de permitir Mr. Laurent que se lo preguntemos á la Turquía, al Egipto y á Marruecos; es decir, que lo neguemos con la historia en la mano y los hechos á la vista.—(N. del T.)

reció en el Asia, sin que se pueda decir que los Arabes le hayan destruido. La conquista esparció la creencia; las victorias sirvieron de misiones; pero jamás los vencedores obligaron á los vencidos á abrazar la fe de Mahoma. Si desapareció el cristianismo, es que los cristianos dejaron voluntariamente el Evangelio por el Corán; se puede atenuar el hecho de su apostasía, pero siempre se puede decir que el Evangelio no debía haber echado profundas raíces en sus corazones, cuando le abandonaron sin violencia y sin lucha. ¿No podrá consistir eso en que la religión de Mahoma convenga mejor á los hombres del Oriente que la de Cristo? (a).

La Iglesia griega no había llegado aún, en tiempo de su mayor esplendor, á transformar las costumbres del Oriente. A los que les quedase alguna duda sobre esta impotencia, les recordaremos las dolorosas invectivas de Crisóstomo y de Efremito contra la corrupción de sus tiempos. Hombres materiales como eran aquellos, ¿no debían anteponer un culto que les permitía la satisfacción de sus apetitos á aquel otro que les anunciaba la condenación por aquellos mismos goces? Las pérdidas del cristianismo y las victorias fáciles del islam atestiguan que el Corán era más apropiado á los pueblos de Oriente que el Evangelio. El cristianismo no tuvo allí nunca más que un brillo artificial debido á algunos grandes genios que ilustraron el helenismo agonizante. Aun cuando los Arabes no hubieran salido de sus desiertos, la religión de Cristo no hubiera tenido en Oriente más que una existencia sin gloria y sin fruto. El cristianismo griego de Constantinopla debe consolarlos de la ruina de las iglesias donde predicaba *Juan Boca de oro*.

(a) Esa pregunta y los anteriores asertos, después de la guerra de exterminio hecha por los *Khalid* y los *Omar* y los *Mahomet*, nos parecen... un *tour de force*, como dicen los franceses: es demasiado fuerte.—(N. del T.)

CAPÍTULO II

LA UNIDAD ÁRABE

SECCION I.^a

LA CONQUISTA

§ 1.—La guerra sagrada.

Toda religión fundada sobre una revelación divina tiene la ambición de hacerse universal. Los Judíos esperaban del Mesías que extendiera la ley de Moisés por el mundo entero. Y se imaginaban al sucesor de David como á un soberbio conquistador que daría el imperio de la tierra á la raza de Israel. Mahoma es el Mesías del judaísmo. El dogma es idéntico en las cosas fundamentales, pero el islam ha quitado el carácter nacional al Dios de Moisés, carácter que le impedía traspasar los límites de la Judea: el Dios único de Mahoma no conoce límites á su poder; sólo se detendrá donde la tierra le falta.

¿Tuvo Mahoma el designio de propagar su fe por medio de la guerra desde el principio de su carrera profética? Los católicos reclaman el imperio de la cristiandad para los papas desde la cuna del cristianismo, y los musulmanes atribuyen la misma ambición á Mahoma (1). Tales pretensiones son contrarias á la naturaleza de las cosas, porque

colocan la fuerza de la edad madura en las mantillas de la infancia. Mahoma ha podido concebir la creencia de la unidad de Dios como única verdadera y como superior á las demás religiones; pero de eso á concebir la guerra sagrada contra todos los pueblos media un abismo. ¿Podía el oscuro refugiado de Medina soñar el éxito prodigioso que esperaba á su creencia perseguida y casi anonadada en su cuna? No parece que Mahoma tuviese otra ambición que la de ser el profeta de la Arabia y la de restablecer entre los descendientes de Ismael el culto del único Dios que profesaba su antecesor Abraham; respetaba á Moisés y á Jesucristo como hombres divinos, y hasta parece reconocer que judíos y cristianos pueden conseguir su salvación observando los mandamientos que Dios les ha dado. Si piensa en atraer al islam los *dos pueblos de la Ley*, no es por la fuerza, sino por la persuasión, atemperándose á sus tradiciones y apropiándose-las. Habiendo salido de la misma cepa que los judíos y los cristianos, espera reunir todas las ramas del mismo tronco, y entonces es cuando proclama la bella máxima: "Nada de violencia en materia de

(1) REINAUD, *Monumentos árabes*, t. I, p. 320.

religión; la verdad se distingue bastante del error,, (1).

¿Cómo ha surgido entonces la idea de la guerra y conquistas santas en el alma del profeta? Oigamos la respuesta de un docto orientalista: "Lo que le obligó á tomar las armas para sostener su fe fué la oposición que encontró en la Meca y el odio con que le persiguieron los Coraichitas. La suerte estaba echada; y una vez desenvainada, la espada no debía volver á la vaina,, (2). Nosotros creemos que la fuga de la Meca fué la ocasión más bien que la causa de la guerra santa; la lucha contra el cristianismo, el judaísmo y todas las religiones extrañas era inevitable. Por lo mismo que Mahoma se creía el apóstol de una ley revelada y superior á la de los judíos y de los cristianos, no podía sufrir al lado del Corán ni el Pentateuco ni el Evangelio. Si el islam se propagó por medio de las armas, es porque fué predicado á poblaciones guerreras que debían, así como los Germanos, extenderse por la tierra para suministrar un nuevo elemento á la civilización. El propio cristianismo, esa religión pacífica por excelencia, ¿no llegó á hacerse conquistador cuando fué abrazado por las razas guerreras del Norte?

Se ha dicho que Mahoma no pensó nunca en extender su creencia por toda la tierra (3). No hubiera sido revelador si, ayudándole la fortuna, no hubiera concebido aquella alta ambición. Las famosas embajadas que envió á los príncipes vecinos de la Arabia para invitarles á abrazar el islam (4) atestiguan que los proyectos del profeta estaban á la altura de su misión. Al recibir el mensaje de Mahoma, el orgulloso rey de los Persas exclamó: "¿Es así como se atrevé á escribirme un hombre que es mi esclavo?," Y desgarró el mensaje. "Que su reino sea desgarrado del mismo modo,, dijo Mahoma. Y la imprecación se cumplió. Aquellas tentativas pacíficas, por más que no tuvieran éxito, no dejan de ser un hecho notable. Las embajadas que un oscuro Arabe envía á los que se ti-

(1) *Corán*, II, 257. — TYCHSEN, *Quatenus Mohammedes alias religiones toleraverit* (Comment. Societ. Goetting., t. xv, páginas 154-156).

(2) TYCHSEN, *Quatenus Mohammedes alias religiones toleraverit* (Comment. Societ. Goetting., t. xv, p. 157).

(3) WELL, *Mahoma*.

(4) Mahoma envió embajadas al rey de los Persas, al emperador de los Griegos, al gobernador del Egipto, al rey de Etiopía y á los príncipes gasanidas (PERCEVAL, *Hist. de los Arabes*, t. III, p. 192, 204).

tulan reyes de reyes acreditan la fuerza de las convicciones religiosas que animaban á Mahoma, y prueban también que la única vía legítima para propagar una religión es la palabra: el mismo profeta de la espada ha recurrido á la persuasión antes de apelar á la fuerza.

Mahoma proclama la guerra sagrada: "Haz la guerra á los que no crean en Dios; hazles la guerra hasta que estén convertidos ó hasta que se sometan pagando el tributo,, (1). Los cristianos hacen un cargo al profeta árabe de esa apelación á las armas contra todas las creencias: el islamismo, dice *Grocio*, no se estableció más que para derramar sangre. La verdad es que la sangre juega un triste papel en todas las religiones. Judíos y cristianos no han retrocedido nunca ante la fuerza cuando el poder estaba en sus manos, y en nuestros libros sagrados se podrían recoger palabras más salvajes que la proclama de Mahoma: "¡Maldito se aquel que desempeñe con negligencia la obra del Señor! ¡Maldito aquel que impida á su espada el derramar sangre!,," (2). Esas maldiciones de *Jeremías* fueron invocadas por la *Kabala* para justificar la guerra contra los infieles (3). Al sublevar á toda la cristiandad contra los musulmanes, los papas declararon una guerra sagrada más sangrienta que la de Mahoma. El profeta árabe no quiso destruir las naciones que combatían ni traerlas por la violencia al islam; quiso convencerlas, digámoslo así, con el espectáculo de la victoria, de la omnipotencia del Dios que anunciaba. Los discípulos de Cristo habrían exterminado de buena gana á los enemigos de la cruz.

No pretendemos acusar la humanidad cristiana; acusamos tan sólo la intolerancia inherente á todo dogma fundado sobre una revelación milagrosa. "La violencia, dice *San Agustín*, es un crimen cuando se opone al servicio de una mala causa; es un beneficio, aun para aquel que es víctima, cuando se emplea en interés de la verdad.,," Esa máxima nos explica los funestos extravíos del catolicismo y de todas las religiones reveladas: todos los que emplean la violencia creen servir á la causa de Dios. Si el islam fué menos intolerante que el cristianismo, fué porque su inspiración era menos po-

(1) *Corán*, IX, 29; VIII, 10; XLIII, 16.

(2) *Jeremías*, XLVIII, 30.

(3) SALE, *Observaciones sobre el mahometismo*, sec. VI, p. 520.

derosa: Jesucristo es el Verbo, Hijo de Dios, consustancial al Padre, mientras que Mahoma no es más que un profeta. Nada más doloroso para el historiador filósofo que el espectáculo de la violencia puesta al servicio de una creencia religiosa. Importa mucho darse cuenta de la verdadera causa de las persecuciones religiosas y de las guerras de propaganda que han ensangrentado el mundo: la raíz no será destruida más que cuando lo sea el dogma de la verdad absoluta ó revelada. La humanidad no posee ni poseerá nunca la verdad absoluta; déjese, pues, completa libertad á todos los que la busquen, sean cualesquiera las sendas que tomen, que así y todo no estará por de más el concurso libre y activo de todas las inteligencias para avanzar por el penoso camino del progreso (a).

§ II.—La conquista.

Se invoca la conversión del mundo romano por los humildes apóstoles de Jesucristo como una prueba de la divinidad del cristianismo. La extensión rápida del islam no es menos milagrosa; bastó la vida de un hombre para invadir tres mundos. En vano los enemigos del mahometismo han tratado de atenuar aquellos triunfos que tienen algo de prodigioso. A darles crédito, nada era más fácil: los imperios atacados por los Arabes estaban en plena decadencia y hasta se hubieran derrumbado ellos mismos; la conquista no fué más que una toma de posesión; los vencidos pertenecían al primer ocupante. Eso es quitar á la conquista árabe su verdadero carácter: la razón de la victoria no está en los vencidos, está en los vencedores.

Al proclamar la guerra sagrada, Mahoma hizo de la conquista una propaganda religiosa. Combatir á los infieles es combatir por la causa de Dios, extendiendo la fe que ha revelado á su profeta; y

(a) No conozco partidario alguno del mahometismo que haya ido tan lejos como Mr. Laurent. Sostener con seriedad que el islamismo es de suyo más tolerante y más pacífico que el cristianismo nos parece el colmo de la exageración; se necesita estar muy obcecado para llegar hasta ese punto. ¿Es que el autor confunde la obra del fanatismo con las doctrinas? Pues es mucho confundir. Y en ese terreno debería saber que el fanatismo cristiano ha manchado la doctrina, pervertiéndola y rebajándola, al paso que lo único importante y heroico que ha hecho el islam ha sido obra exclusiva del fanatismo. Importante y heroico decimos, no bueno, porque ningún fanatismo hace cosas buenas. De las doctrinas... no hay para qué discutir. El Corán no sostendría la compasión con Séneca ni con Epicteto. Ovidio le ganaría en arte y en belleza, con ser tan bella la lengua árabe.—(N. del T.)

la victoria es segura porque Dios está con los combatientes: "Si Dios viene en vuestro auxilio, ¿quién podrá venceros?," (1). La muerte en el campo de batalla es el martirio de los musulmanes: "La espada es la llave del cielo y del infierno. Una gota de sangre vertida en el campo de Dios, una noche pasada sobre las armas, serán tenidas en cuenta más que dos meses de ayuno ó de oración. El que perezca en una batalla obtendrá el perdón de sus pecados, y en el último día sus heridas brillarán como el bermellón, y perfumadas como el almizcle, las alas de los ángeles y los querubines reemplazarán á los miembros que haya perdido. ¡Maldición á aquel que no marche al combate! ¡Su morada será el infierno!,," (2).

El llamamiento al combate *en los campos de Dios* está coronado por el fatalismo de la muerte. Aquel que muere combatiendo hubiera muerto igualmente en su casa; pero muriendo con las armas en la mano viene á ser un mártir, mientras que, permaneciendo en su casa, es casi un apóstata. Esa creencia inspiró á los musulmanes un entusiasmo y una abnegación admirables. *Khalid*, la espada de Dios, preguntó á un prisionero qué quería hacer de un saquito colgado á su cintura: "Es un veneno, respondió el cautivo, destinado á quitarme la vida si eres implacable.,,"—"El momento de la muerte, respondió Khalid, está fijado para cada uno, y nadie puede adelantarle ni retrasarle,,," y dicho esto setragó el veneno. El héroe experimentó un violento malestar; pero se repuso muy pronto; se limpió el sudor que había cubierto su frente, y la salud reapareció en su semblante con viva animación. "Si todos los musulmanes, dijo el prisionero, son hombres semejantes á ti, debéis conquistar el mundo,, (3). El sacrificio de toda personalidad entre los Arabes es algunas veces aterrador, al menos para nosotros, los hombres de Occidente, que comprendemos tan poco la abnegación. Quinientos *Karmatas* estaban enfrente de 30.000 soldados del califa; se intima á Abu Taher, el jefe de los sublevados, á que se someta. "Vuestro jefe, dice el intrépido Karmata al enviado, tiene un ejército de 30.000 hombres, pero no tiene tres como estos,,," mostrándole tres de sus compañeros; acto seguido mandó á uno de ellos

(1) *Corán*, III, 154; VIII, 66.

(2) SALE, *Observaciones, etc.*, VI, p. 520.—*Corán*, III, 151, 162; VIII, 16; IX, 39.

(3) PERCEVAL, *Hist. de los Arabes*, t. III, p. 407.